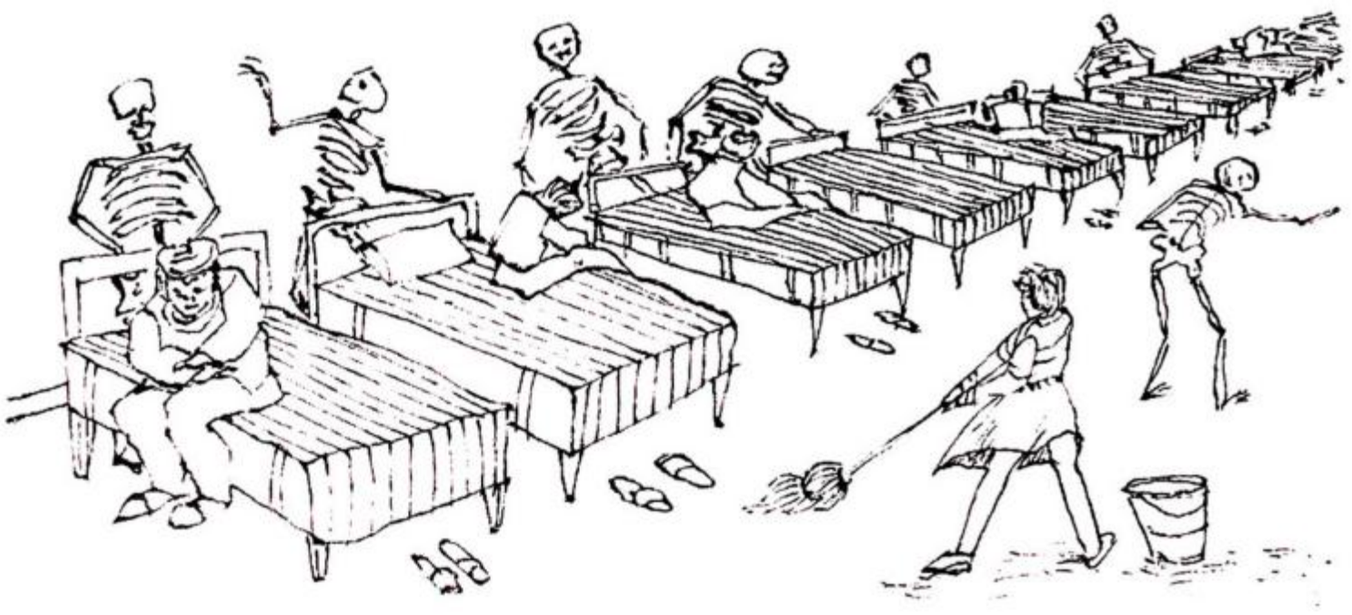
Mucho tilín tilín y nada de historias

Juegos de niños
Roberto Burgos Cantor
Cooperativa Editorial Magisterio, colección Montaña Mágica, Bogotá, 1999, 95 págs., il.

En los últimos años ha surgido una nueva literatura infantil que cambia de manera casi radical los parámetros establecidos. El premio Hans Christian Andersen, por ejemplo, honra a Christine Nöstlinger como una de las mejores narradoras en este género. Atrás van quedando los cuentos de hadas con todo su horror y belleza, las fábulas o las historias tipo *Mujercitas* y *Hombrecitos*, para ser, en cierta manera, reemplazados por una literatura más abierta y menos sujeta a la necesidad de una moraleja. Sigue siendo, sin embargo, un género bien complejo, pues con él se puede estar acercando o alejando de manera definitiva a las nuevas generaciones del mundo de la lectura.



Actualmente en las librerías se encuentran multitud de cuentos con bellas ilustraciones o historias sencillas y bien narradas, simples aventuras de niños en la escuela, como las escritas hace ya años por el célebre guionista de Asterix y Obelix, R. Goscinny (*Los amiguetes de Nicolás*), como los de la misma Nöstlinger (*Historias de Franz*), o las del célebre escritor inglés Roald Dahl (*Matilda*), entre otros numerosos textos, pero aún muchos continúan creyendo que hacer literatura es tan sencillo como cocer tartas, y que hacerlo para un público de menores de edad es más que simple. Se recurre al tono almibarado, o a las acciones cotidianas: "debes ser bueno y lavarte las manos antes de comer", como tema frecuente y, para qué decirlo, aburrido para todo tipo de lector. Se cree que los infantes no necesitan de una estructura, ni de una historia coherente, ni de argumentos sólidos, y por esto es usual encontrar libros flojos.

La literatura oral, recopilada por los hermanos Grimm, por madame Leprince o la condesa D'Aulnoy, y convertida en la literatura por años como lectura para los niños, podría estar cargada de horror y violencia, pero las historias bien narradas y la estructura interesante hacen de la lectura algo delicioso. En los últimos años en los Estados Unidos se ha implantado una especie de macartismo contra la literatura infantil clásica y, por ejemplo, se prohíben cuentos como el de Caperucita Roja, no porque sea horrible que a la abuelita y a su protagonista se las coma el lobo o porque éstas le abran la panza y luego el animal se ahogue entre estertores, sino porque la dulce y superconocida niña lleva en su cesta una botella de vino para su parienta y esta sola mención puede incitar el alcoholismo.

Esta larga introducción es una disculpa para entrar a reseñar con cautela un libro escrito pensando en los niños por Roberto Burgos Cantor, hasta ahora conocido por sus novelas y cuentos para adultos.

Juegos de niños se titula y está compuesto por dos narraciones: *¿Qué nombre le pondremos?* y *La luz no ensucia, mamá*. Son cuentos sobreadjetivados, repletos de imágenes, de símiles, de palabras complejas, y los argumentos son elementales: un niño que hace una escultura para que se posen en ella los pájaros, y una niña que se sube a lo más alto de un árbol para jugar con los rayos de luz.

Los personajes tienen alrededor de nueve años, y se presume que el texto está dirigido a lectores con edades similares. Sobra anotar que hace mucho dejé de ser una niña de diez años, pero recuerdo mis lecturas preferidas, tal vez no todas escritas sólo para niños, y recuerdo el rechazo que me producían los textos escritos con un afán eminentemente "didáctico", las historias tontas y las narraciones repletas de palabras complejas y de rimas forzadas, o de símiles confusos. Sin saberlo, me gustaban las historias bien estructuradas, donde fuera posible sentir algo hacia los personajes, donde las imágenes estuvieran creadas de tal forma que mi imaginación hiciera el resto y se crearan atmósferas diversas. Sobre ese recuerdo de entonces me acerco a los cuentos de Burgos y me recorre la misma sensación que me producían los libros que regalaban los parientes lejanos para Navidad. Sin embargo, es el lector quien juzga, y las lecturas son múltiples, como los gustos y las aficiones. Es importante, pues, transcribir apartes del texto para permitir un acercamiento diferente.

En *¿Qué nombre le pondremos?*, el protagonista ha visto miles de jaulas y quiere construir una que no cumpla los mismos fines horrendos; se inspira en las múltiples visiones que le ofrecen los alrededores de su pueblo, en la costa colombiana:

> *La primera que vio en el patio de los vecinos entre las ceibas y los bambúes. Allí jugaba con su amigo y amarrado por una timidez avergonzada contemplaba de reojo a la hermana menor de éste, Sonia, con sus brazos largos de*

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

vellos dorados que resplandecen como estambres y el cabello corto de un color negro que siempre parecía mojado. Cada vez que la llamaron a jugar con ellos la mamá les mostró el libro de un autor de las tierras lejanas del Este donde aparecía escrito Sonja. Esa J le quitaba la respiración y le alteraba el curso de sus sueños. Sonja.
La que vio en ese patio era grande, apoyada en el suelo, de hierro, bronce y zinc. [pág. 11]

Aparecen entonces los mercados, el embarcadero, la fauna y la flora características:

Conoció otras una mañana de vientos frescos de mar afuera. Las ráfagas venían desde los confines del horizonte hasta la bahía y quedaban atrapadas en el laberinto del mercado de aves. Del mercado de carnes de monte con los garfios de los que pendían venados despellejados [...] Del mercado de cueros curtidos y pieles de cocodrilos y babillas. De las bodegas de cachivaches de peltre, loza, latón, aluminio. Del mercado de las hicoteas y tortugas con sus albercas gigantes de paredes florecidas de verdín y el agua densa de edad antigua [...]
Miró más. Aparecieron otras de forma igual y estaban en el largo zaguán del hostal en que pernoctan los navegantes que traen los cocos de las islas de San Blas, las maderas de vetas sangrantes del Atrato, los plátanos de María La Baja que al fuego [...] Las que conoció en el embarcadero las encontró feas y sintió cierto agobio. Eran anchas y de altura escasa. Quedaban unas encima de otras. Sucias y ruidosas... [pág. 12]

Finalmente le da forma a su idea y:

La primera sensación que le llegó fue de susto por el temor de quedar metido en su invento, al que no encontraba cómo agarrar. Pero pudo más un sentir de buena ley que le surgió al saberse leal a su inocencia. Lo que hizo era único. No copiaba, ni discutía, ni mejoraba, ni corregía. Era lo que él hizo. Como un sueño que encuentra lugar entre las estatuas.
Entonces en una rama fuerte del árbol que le daba sombra, con alambre colgó su invención. Colgar es una manera de decir. Mejor decir que la puso o la dejó ahí, al aire del día, a la sombra de ése árbol en la que él se quedaba horas y horas porque se sentía envuelto, protegido, al otro lado de una frontera en la que nada lo podía amenazar... [pág. 17]

En el transcurso de la lectura se espera que dentro de todo ese ambiente tan rico puede pasar algo más; que dentro de todas esas imágenes el escritor va a contar qué pasaba en ese mundo repleto, pero finalmente el niño termina su creación y en ella se encaraman a cantar las Marías Mulatas, y las imágenes quedaron inconclusas y las atmósferas sobredescritas y, en realidad, el hecho de haber levantado una escultura parece intrascendente.

La luz no ensucia, mamá es aún menos tangible y todavía más abarrotado de palabras e imágenes. Mucho más extenso que el primero, las lamentaciones y el juego con la luz por parte de la niña parecen hacer eterno el desenlace, por cierto inconcluso.

Una niña pequeña, en su primer día de escuela, aterrada y aterida, decide subirse al árbol más alto y quitarse el vestido endurecido por el almidón, para quedarse allí jugando mientras abajo el colegio entero, su madre y su padre dan alaridos desde abajo. Estefanía se niega a bajar y el cuento queda abierto para dar paso al epílogo, donde anota Burgos:

Todo final es una conjetura o una convención. En la vida nada acaba. Si algo termina todo empieza... [pág. 91]

La historia no se narra de manera lineal; se recurre a los sueños, los miedos, las esperanzas, para finalmente vestirla dentro de miles de símiles y, cuando la niña se trepa al árbol, pasan páginas y páginas en las que no sucede nada, pero todo el mundo grita y se queda sin voz y la niña abre la boca para llenarse de luz.

Son las seis y un cuarto de la mañana y aunque su dormir fue extraño, siente que alguien encendió una linterna dentro del sueño; hubiera preferido seguir con los ojos cerrados hasta que se le fuera el frío... [pág. 23]
Los encajes se le parecen a las pestañas grandes de papel perforado en forma de rombos y triángulos que llevan las cometas en los lados, las ayuda a volar y cantan con el viento. Un silbo agudo que hace reír a los pájaros. Ella se rio una vez con la risa de un alcatraz. Al ave se le escapó un pargo pequeño que había pescado en el mar, ahí en el malecón.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

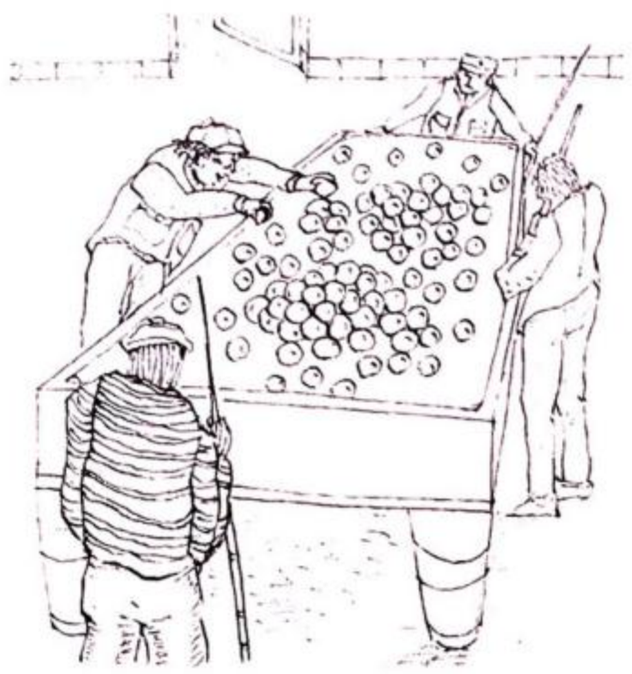
Al verlo caer desde su pico por el aire espeso de sal y mover las agallas, creyó que quería volar y se puso a reír y no pudo volver a capturarlo. El pez vuela. El alcatraz se ríe. La muchacha que ayuda en la limpieza le dice que el vestido le aprieta porque tiene caderas de bailadora de merengues. El borde de los vestidos nuevos es redondo. Un círculo perfecto. [págs. 26 y 27]

Dentro de este aire como de pesadilla, finalmente la niña llega al colegio, luego de un paseo repleto de incertidumbre en el bus, con ganas de llorar:

Se puso a caminar por el patio entretenida con el chasquido de las hojas secas de los mangos, los nísperos, los cauchos, los de guama, las bongas gigantescas que sueltan sus cartuchos de flores de algodón y pelusa irritante. Se paralizó con la carrera del camaleón disfrazado de tierra, de fruta, de sombra, de verde vegetal que levantaba un remolino de sustancias en reposo hechas ya de soles, de lluvias, de noches frescas y de suelo [...] Las voces le llegaban coladas, como por los labios de la señora que hacían el gesto de sonido aaaaaaa y no permitían entrar nada porque todo salía. Aaaaaaa. [pág. 35]

Todo el mundo intenta bajarla: el jardinero, los bomberos, el padre, la niñera mulata, las profesoras, y ella continúa ahí porque:

Y así Estefanía se quedó por el resto de la luz, parada en la rama del árbol, metida en la claridad, abriendo lo que más podía la boca para tragar bocanadas de transparencia que le iluminaban su sangre, distraída del colegio y atenta a ese mundo inmenso en el que estaban sumergidos los objetos y donde ella les hacía señales a los pájaros, a las cometas y soplaba las columnas rotas de humo de las chimeneas de los barcos. Y así Estefanía. [pág. 90]



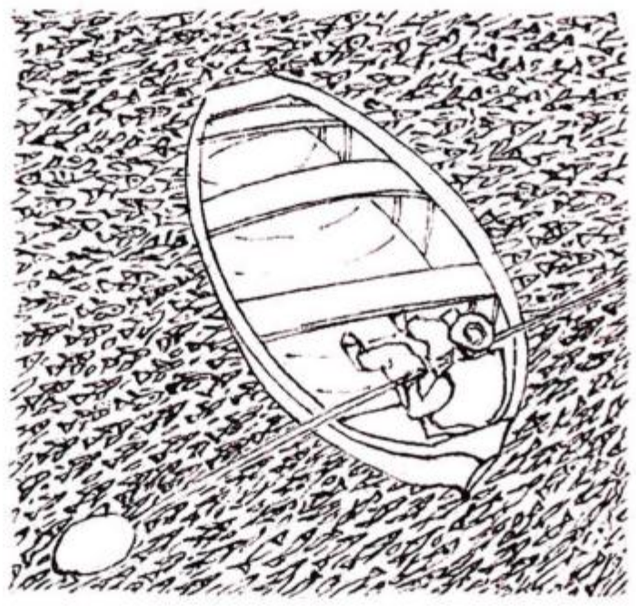
Es interesante que aparezca la costa atlántica a través de su flora y su fauna, los mercados y las costumbres, pero realmente es difícil aseverar que un niño guste del derroche de imágenes, cuando está buscando, más que sensaciones poéticas, una aventura o una historia. No se pretende asegurar que a los jóvenes lectores no les interesa el lenguaje en sí, pero sí es cierto que los niños tienen una imaginación desbordante y no necesitan de descripciones detalladas para crear mundos propios, infinitamente ricos. Por eso muchas veces se añoran narraciones concretas como la famosa: "Había una vez un rey que tenía tres hijas, las metió en unas botijas y las tapó con pez. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?".

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

"Un García Márquez hábil, locuaz, astuto políticamente, tenaz, incansable..."

Aquellos tiempos con Gabo
Plinio Apuleyo Mendoza
Plaza y Janés, Barcelona, 2000,
219 págs.

De Gabriel García Márquez se han dicho, se dicen y se dirán muchas cosas. Antes, durante y después del Nobel. Muchas cosas que dicen y escriben tanto quienes no lo conocen como quienes sí lo conocen. Quienes lo envidian y quienes lo quieren, quienes lo admiran y quienes lo detestan. Quienes están asistidos por razones verdaderas para hablar en cualquier sentido (político, literario, de amistad, familiar), como quienes sin ton ni son encuentran en el escritor un motivo para ensalzar o para vituperar. Ríos de tinta han corrido y aún correrán por cuenta de quienes, a veces, no hacen más que succionar de una ubre que, en vez de leche, da dinero. Especulaciones, mentiras, hiel, adulaciones: cualquier disculpa es buena para sacar titulares en periódicos y revistas a manera de promociones hasta no hace mucho infalibles para vender. Saturación que ya, claro, tiene ahíto a todo el mundo. Pocos quieren saber más del cacareado tema Gabriel García Márquez.



Y todo a pesar, muchas veces, del mismísimo autor, que terminó siendo víctima cruel de su palabra encantada, su locuacidad y su abundante archivo de información. El hombre mejor informado del país, se ha dicho.

Innumerables reportajes, entrevistas, artículos y ensayos nos han dejado ver a un García Márquez prolijo y vasto en temas no siempre relacionados con la literatura. La sombra del mito que se proyecta sobre su figura hace que se le mire y se le trate como a un verdadero oráculo.

Es el autor que en 1981 comenzara así una de sus columnas en El Espectador, explicando una sucia coartada política del gobierno de ese entonces contra él:

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.